



Quisiera este día retomar por una parte las palabras de aliento del profeta Baruc y por la otra la alegría de quienes han luchado contra los demonios y los han vencido en el pasaje de San Lucas. El mensaje gozoso de la salvación es el tema con el que concluye el libro de Baruc.

Jerusalén, personificada en una mujer, dirige a sus hijos exiliados en Babilonia palabras de consolación y de esperanza en contraste con la dura vida de la esclavitud. Por otra parte también se escuchan las expresiones de alegría de los discípulos al constatar su triunfo sobre el mal y los demonios: en el nombre de Jesús han combatido y derrotado el mal que se apodera de la existencia de la humanidad.

Así en las dos lecturas tenemos un mensaje de esperanza para los pequeños y olvidados. Así hoy también para nosotros llega este mensaje que debe animar nuestros corazones en los momentos en que sentimos el dolor y la angustia de vernos como impotentes ante el mal. La dura misión del discípulo de Jesús es la lucha diaria contra toda la cultura de la muerte: prácticas injustas, ideologías esclavizantes, falsos valores que destruyen la persona.

No es cuestión de exorcismos a cada día, es el enfrentarse al demonio de la ambición y de la injusticia, del placer y del poder, que atacan, desde fuera y desde dentro, a todo hombre y a toda la humanidad. Es la lucha del hombre, en toda la historia de la salvación, por alcanzar la plenitud de vida para todos los hermanos. Hoy encontramos motivos de fortalecimiento en nuestro diario caminar: Cristo está con nosotros.

En su acción de gracias al Padre nos da el camino para poder alcanzar el triunfo: “Gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla”. Esta pequeñez e impotencia es la fortaleza que nos ofrece Jesús: estamos en sus manos y es obra del Señor.

También nosotros hoy podemos ver caer a Satanás, pero necesitamos reconocer que es Jesús quien da el triunfo, es el Señor quien lucha con nosotros.